

Espejismo estratégico en Irak

NUÑO AGUIRRE DE CÁRCER *

A

l margen de un estudio jurídico internacional sobre la actual situación en Irak, o de una valoración, desde la perspectiva del derecho de Naciones Unidas, de la acción de la llamada Coalición Aliada para Irak, cabe hacer una reflexión sobre algunos de los aspectos políticos, antecedentes, como supuestos objetivos y dificultades encontradas para alcanzarlos, de esta sin duda revolucionaria *iniciativa internacional* de los Estados Unidos. Porque, no nos engañemos, este país es el actor principal que decidió lanzar esta iniciativa, el que trató de justificarla a posteriori (sin base real, lo que acabó de hundir a Colin Powell), sin perjuicio de que otras naciones, en una u otra medida, la apoyasen, en primerísimo lugar la Gran Bretaña.

Sin remontarnos a la llamada “política de la cañonera” de Teodoro Roosevelt y descartando la fallida operación de bahía de Cochinos en pleno contexto de guerra fría entre las entonces dos superpotencias, no han faltado en estos años recientes algunas operaciones, que llamaríamos menores, en que Washington, por sí y ante sí, decidiera lanzar acciones militares, generalmente en lo que se ha dado en llamar su patio trasero. Pienso por ejemplo en la ocupación de la isla caribeña de Granada o en la operación de Panamá contra Noriega, en que fueron conseguidos los objetivos abiertamente declarados, que eran, respectivamente, el cambio de régimen en aquella isla y llevar al político panameño ante la justicia de los Estados Unidos. En otras ocasiones, errores de planificación y falta de conocimiento de la realidad sobre el terreno forzaron retiradas muy costosas (en Beirut y en Somalia, por ejemplo).

Pero aquí no se trata de una de esas “espléndidas guerritas de América”, como las llama irónicamente en su libro Peter Huchthausen. La *iniciativa estratégica* pone en marcha medidas militares preventivas, en un país, Irak, que forma parte de un muy extenso territorio que he calificado en alguna ocasión como “la Castilla del Oriente Medio” por su situación geográfica central en dicha área y su configuración mesetaria y continental. Abarca el territorio que va desde Siria

* Embajador de España

y Jordania al oeste hasta Irak y el Golfo hacia el este. Se atribuye esta expresión, Oriente Medio, al almirante americano Mahan, autor de un famoso tratado sobre la influencia del poder marítimo en la Historia.

En esta vasta región, que hasta la primera guerra mundial había pertenecido durante siglos al Imperio otomano, habitan unas poblaciones en que se entremezclan minorías de todas clases: étnicas, religiosas y lingüísticas, que hay que conocer y diferenciar si les va a alcanzar el rayo de la guerra. El profesor de Oxford, Albert Hourani, en un libro breve pero enjundioso sobre las minorías en Oriente, partiendo del hecho de que en la zona dominada por los otomanos la gran mayoría de la población era de lengua árabe y de religión musulmana sunni (ortodoxa), clasificaba las *minorías* de la siguiente forma:

- A) Musulmanes sunníes, pero no de lengua árabe:
 - (1) Kurdos; (2) Turcomanos; (3) Caucásicos, (4) Circasianos, (5) Chechenios.
- B) De lengua árabe, pero no musulmanes sunníes:
 - I. Musulmanes heterodoxos:
 - (1) chiíes, (2) Alauíes o Alauitas, (3) Ismailíes, (4) Drusos
 - II. Cristianos:
 - (1) Griego-ortodoxos, (2) Siro-ortodoxos (Jacobitas), (3) Copto-ortodoxos, (4) Nestorianos (Asirios), (5) Católicos de rito latino, (6) Maronitas, (7) Griego-católicos, (8) Copto-católicos, (9) Siro-católicos, (10) Católicos Caldeos, (11) Protestantes, (12) Anglicanos, etc..
 - III. Judíos y sectas semi-judías:
 - (1) Rabínicos, (2) Karaitos, (3) Samaritanos.
 - IV. Otras religiones:
 - (1) Yazidis, (2) Mandeos, (3) Shabak, (4) Bahabis.
- C) No de lengua árabe ni musulmanes sunníes:
 - (1) Hablan Persa: chiíes, bahabis, judíos.
 - (2) Hablan Kurdo: yazidis, shabak, alauíes, siro-ortodoxos, siro-católicos, judíos.
 - (3) Hablan Siriaco: nestorianos (asirios), caldeos católicos, siro-ortodoxos (jacobitas), siro-católicos.
 - (4) Hablan Armenio: armenios ortodoxos (gregorianos), armenios católicos, armenios protestantes.
 - (5) Hablan Hebreo: judíos.
 - (6) Judíos que hablan varias lenguas europeas: yiddish, español (ladino), italiano, etc.

Esta enumeración, sin duda prolija, nos permite percatarnos de la enorme complejidad con que se tropieza cuando se pretende, más allá de un *blitzkrieg*, la ocupación física de la totalidad del territorio del adversario (indispensable para que se pueda hablar realmente de final victorioso de una operación bélica) y en su caso la administración de ese territorio, aunque sea temporal, en condiciones elementales de seguridad.

Pensemos, en el caso que nos ocupa, la muy particular atención que exigía la presencia en territorio irakí de las poblaciones kurda, en el norte, y chií, en el sur, tras un largo y durísimo período de prepotencia de la minoría sunní protegida por una férrea dictadura baasista.

La historia de la parcelación del Imperio otomano tras la primera guerra mundial —minuciosamente descrita por David Fromkin en *A Peace to end all peace* (irónica expresión del que sería más tarde mariscal Wavell, que la opone a la irreal de “a War to end war”)— fue algo así como el reparto del botín entre los conmitones ingleses. Que en influencia se llevaron la parte del león, seguidos de los franceses, y un buen pellizco los aliados de la hora veinticinco, los italianos. Pero los límites que se trazaban en los mapas, ni enmarcaban siempre elementos homogéneos, ni correspondían a menudo a los deseos de las poblaciones que no habían sido consultadas, y que quedaban a la merced de las luchas internas por el poder entre tribus rivales, sobresaliendo los saudíes, que tachaban de títeres a los emires del Golfo, y que consiguieron echar a los hachemitas, hasta entonces guardianes de La Meca, lo que erosionaba la estabilidad de los Mandatos de la Sociedad de Naciones (Líbano, Palestina, Siria, Irak).

Por si todo esto fuera poco, la aparición del petróleo bajo las arenas del desierto provocó el parto de una nueva era de convulsiones sin fin y la llegada al Oriente Medio de los Estados Unidos de América, que se casó con Ibn Saud y le dio como dote un contrato que le garantizaba un emporio financiero sin rival.

Este es el escenario histórico que conviene tener presente si tratamos de ahondar en los designios últimos de un líder extraño e inaprensible, Osama ben Laden, hijo de un afortunado albañil yemení convertido en socio millonario de príncipes saudíes y capitalistas americanos y europeos. Su hijo Osama pasó por el mejor colegio de Oriente que los ingleses mantenían en Abukir, el Victoria College, donde le habían precedido los Príncipes y Reyes de Irak y de Jordania, Abdul-Ilah, Faysal y Hussein. En este ambiente se le fueron acercando, mejor diría ofreciendo, principitos saudíes, “hermanos musulmanes”, imanes wahabíes de estricta observancia, ulemas discrepantes de la Universidad caiota de Al-Azhar (donde reina, al menos formalmente, el Chej-ul-Islam), otros muchos que acarician sus oídos con la posibilidad de la restauración del Califato en su persona. Como común denominador, la lucha contra el infiel, contra los gobernantes blandos en la aplicación del Corán, contra los americanos que siguen esquilmando las riquezas de los territorios islámicos de Arabia y del Golfo y siguen utilizándolos para apoyar con sus fuerzas la agresión a sus hermanos, en particular en Palestina.

En una palabra. Recordando la Edad de Oro del Islam, vencer a los nuevos “cruzados” como hizo entonces el héroe histórico máximo, Salah-Eddin, nuestro Saladino.

¿Dónde enmarcar ante este tremendo panorama la iniciativa estratégica de Estados Unidos en Irak? Se pueden hacer muchas conjeturas y probablemente se han buscado varios objetivos a la vez. Por ejemplo: conseguir con la derrota de Sadam Hussein instaurar, si no un régimen plenamente democrático “a la

europea”, al menos un sistema de derechos humanos y libertades aceptado por la gran mayoría de la población, minorías incluidas; mantener las relaciones económicas normales con los demás países y en primer lugar las obligaciones derivadas de compromisos firmes en especial en el área del petróleo. Esto es tanto más importante en la medida en que pudiera agravarse la situación política interna en Arabia Saudí, siendo entonces Irak una pieza de recambio absolutamente indispensable para mantener el nivel necesario de flujo de petróleo a los países no productores, y para sustituir como plataforma estratégica a las bases militares que los americanos pudieran verse forzados a abandonar en territorio saudí. La caída de Saddam Hussein se preveía que sirviera también como una fuerte llamada de atención a otros países más o menos díscolos, de entre los cuales sólo se ha visto este resultado en Libia, pero no en Irán, y sólo en alguna medida en Siria.

No puede pensarse en un cambio, cercano en el tiempo, que instale la democracia “al estilo europeo” en todos ni siquiera en muchos de los países árabes englobados en ese “Gran Oriente” que en la concepción americana comprende desde Marruecos y Mauritania hasta el Golfo pérsico. A lo más que se puede aspirar en el inmediato futuro es a contar con su cooperación en la lucha contra el enemigo común, el terrorismo totalitario, que les afecta y amenaza tanto a ellos como a nosotros.

Dejando de lado los errores cometidos por los Estados Unidos en esta enorme ensoñación estratégica, que aspiraba a minimizar las bajas propias y a encontrar como por ensalmo los elementos locales, políticos y humanos, que la convirtieran en realidad, sólo resta apoyar decididamente los esfuerzos de pacificación interna en Irak y montar un pequeño plan Marshall, cuanto más pronto mejor, porque los irakíes son seres humanos que exigen también solidaridad.